

## **En torno al currículum integrado**

### **El currículum integrado: una propuesta para la transgresión**

No deja de ser curioso (y es una forma de adjetivarlo) que los aires de la actual revisión de la reforma de 1990 vayan en la dirección de aumentar los contenidos (el número de horas de clases obligatorias) de las denominadas Humanidades (la Música y las Artes Visuales no entran en esta categoría, y van a ser, junto a la Educación Física, y la Tecnología, las víctimas de este desvestir un santo para vestir a otro) y de las Matemáticas. En lugar de reflexionar sobre lo que está pasando en la secundaria, de tratar de aprender de las experiencias de quienes se están planteando cómo educar a los adolescentes en un mundo en el que las reglas están cambiando, las autoridades ministeriales y autonómicas y los defensores del status quo del profesorado, se lanzan a un más de lo mismo: no querías café, ipues te pongo cuatro tazas!

En lugar de pensar en formas alternativas de organizar el currículum que incorporen lo emergente, que tengan en cuenta la construcción de las identidades de los adolescentes, que establezcan puentes con lo que (les) pasa fuera de la escuela, que brinden experiencias "auténticas" de aprendizaje, se prosigue con la idea de que todos los estudiantes de la secundaria van a ir a la universidad, y se les pretende enseñar tal y como fueron enseñados la mayoría de los profesores (que por otra parte no se han formado para ser profesores, no hay que olvidarlo). Es por eso que se piensa, y es sólo un ejemplo, que aumentando el número de horas de literatura los estudiantes van a interesarse más por la lectura, sin plantearse que la mayor parte de las clases de literatura son impartidas por quienes se limitan a dictar apuntes, tienen muy poco en cuenta la cultura popular de los adolescentes, y sobre todo, transmiten poca pasión como lectores.

En lugar de dar una mayor flexibilidad a la organización del currículum y desescolarizar el aprendizaje, se continúa controlando y considerando prioritario el número de horas obligatorias que hay que impartir de cada materia y de la generalización de objetivos (que todos han de conseguir). En especial esos chicos (porque son sobre todo chicos) que están en otro "lugar" y que no encuentran su sitio para aprender en la estructura organizativa y curricular que hoy se les ofrece. Se les aguanta como se pueda en primero y segundo de la ESO (o se les mete en grupos "gamma" como en algún instituto de Cataluña), y se les segrega definitivamente (para no afectar a los "buenos") en tercero de la ESO mientras matan el tiempo en actividades poco significativas. Todo ello desde la rigidez y la más absoluta falta de imaginación. Suerte que todavía no se ha puesto de moda entre nosotros doparlos o administrarles calmantes como sucede en algunas escuelas de Estados Unidos. Pero todo se andará.

En la actualidad, en muchos lugares profesores, políticos e investigadores que comparten otros valores educativos y socializadores de la escuela, se están planteando qué hacer, en qué ha de cambiar la escuela para que todos los alumnos encuentren en ella un "lugar" para aprender (ieste es uno de los sentidos de la democracia!). Una de las líneas que se están desarrollando es revisar (ino a reproducir!) propuestas de los años setenta y ochenta, que tuvieron éxito en lograr que un mayor número de chicos y chicas encontraran sentido a ir a la Escuela. Alternativas que quedaron diluidas (como sucedió con las iniciativas de educación progresista de los años cincuenta y sesenta frente al alud del conductismo y la enseñanza por objetivos observables y medibles) y casi olvidadas en la oleada persuasiva de las reformas nacionales de los años noventa. La británica y la española como ejemplos contrapuestos

que acaban por hacer converger, primero el thatcherismo con la socialdemocracia, y ahora a Blair con Aznar en el fin común de desprofesionalizar a los docentes al convertir una actividad profundamente social, en una tarea técnica y dependiente de los expertos (del currículum primero, ahora de los programadores de competencias, y mañana de los diseñadores de las evaluaciones para saber "el nivel" de los alumnos).

Una de estas recuperaciones (además de vincular las escuelas a proyectos de innovación, implicar a la comunidad educativa, introducir formas alternativas de organizar el tiempo y el espacio, expandir la noción de contenidos más allá de las materias escolar, revisar la noción de disciplinas,...) es la de currículum integrado. Expresión que remite, por suerte, a definiciones diversas, pero que en la práctica recupera un sentido de la relación educativa, del enseñar y aprender en la Escuela que pone en otro "lugar" al papel actual que ejercen una buena parte de los docentes y los alumnos. Los primeros actuando como referencias distantes, "talking heads" preocupados por imponer su autoridad y mantenerse culturalmente

lo más alejado posible de esos "otros" a quienes se viven como amenazantes; y los segundos a los que no se considera como sujetos con biografía, miedos, dudas, incertidumbres e intereses, sino como seres problemáticos o se les compara con lo que cada cual piensa que era "cuando tenía su edad".

Este número de Kikirikí pretende situar unas bases para el debate en torno al currículum integrado, con la finalidad de contribuir a crear un estado de opinión que libere a muchos profesores del corsé que hoy les autolimita en su trabajo, y rescate la necesidad de afrontar con imaginación y buenas dosis de transgresión la situación en la que hoy se encuentran muchas escuelas (tanto de primaria como de secundaria). Escuelas y profesores que, como decían Stoll y Fink, serían una buenas escuelas y unos buenos docentes,...si estuviéramos en los años setenta.

Fernando Hernández  
Coordinador de este dossier y profesor  
de la Universidad de Barcelona.